

DISCURSO DE INGRESO

POR: ERWIN WALTER PALM

Señor Presidente, señores académicos, señor Secretario General:

Estoy verdaderamente emocionado y un poco avergonzado por esta lista tremenda de pecados que el amigo Pedro Rojas acaba de leer; es como estar sepultado debajo de tales cosas; no tengan miedo, hago también otras cosas menos tremendas que todos estos títulos. Pero ante todo, quiero darles solamente unas gracias muy sentidas por el honor que me han hecho; ese honor como ya lo escribí en la carta en la cual acepté mi nombramiento, es un vínculo más que existe ahora entre México y mi pueblo; pueden estar seguros que en Heidelberg tienen una especie de cónsul ahora, que va a velar por los intereses de México.

Cuando oí todo lo que leyó el señor secretario de la Academia me pasó por la cabeza algo que es casi una confesión que debería hacer aquí, porque todo el mundo dice: pero usted, ¿cómo llega a trabajar tanto en cuestiones hispanoamericanas? La verdad es que no solamente he trabajado sobre asuntos hispanoamericanos sino también sobre otros, y estos se mencionó, en cuestiones de España y de Italia, así que mis intereses mediterráneos y ustedes son para mí una parte del Mediterráneo, de ese Mediterráneo grande tan importante para la civilización, digo, esa ventana hacia la proyección del Mediterráneo al nuevo mundo.

Esa gran apertura me tentó desde el momento en que me puse en contacto con ella.

Estuve formado prácticamente en estudios de arte romano y, ese arte romano como arte de imperio, naturalmente hizo el puente, un puente relativamente fácil hacia el arte hispánico en el Nuevo Mundo. Esto es una cosa que hay que aclarar y la otra es cómo vine a ocuparme tanto de México; yo creo que de esto tiene la culpa don Manuel Tousseint. Cuando vine por primera vez a México en 1951 invitado para las celebraciones del cuarto centenario de la Universidad, don Manuel me tomó debajo de sus alas tutelares y me dijo: "usted nunca va a comprender nada de México si usted no aprende a comer a la mexicana". Me llevó durante varios días a un restaurant que todos ustedes conocen naturalmente, la Fonda Santo Domingo y allí aprendí a comer a la mexicana y naturalmente también empecé a comprender más lo que es la arquitectura hispánica en México.

Así estas dos confesiones, si ustedes vieron por el mismo currículum que aquí se leyó, que yo me acerqué lentamente a ese México. Empecé por la Antillas y anduve por el camino de los conquistadores, nada en papel de conquistador, sino en el papel de persona muy grata que pudiera entrar en este mundo tan maravilloso y tan hermoso que es México: y me acerqué lentamente al complejo México y efectivamente en los últimos años he trabajado mucho aquí en este país.

No les voy a decir más que, muy agradecido y cuenten ustedes conmigo, ya les dije: no sólo tienen un cónsul sino una casa en Heidelberg.

POR: ERWIN WALTER PALM

31 de Octubre de 1979